

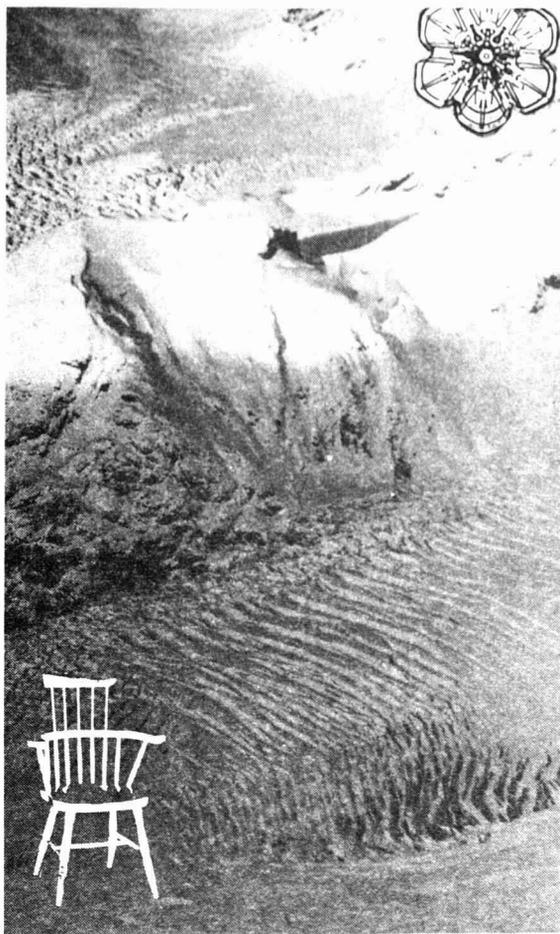
Nieve



Y permítanme que repita esto una y otra vez: debajo de mis pies está la tierra, alguna parte de la superficie de la tierra. Es decir, debajo de la nieve que está debajo de mis pies. ¿De qué otro modo podría ser? Está firme, supongo, y pareja. Si no es de hecho tierra y roca, debe ser hielo. Muy probablemente sea hielo. De cualquier manera comprueba —es la más substancial prueba posible— que estoy en algún lugar de la tierra, de la tierra conocida. Sería absurdo escarbar a través de la nieve para determinar con exactitud qué hay abajo, si tierra o hielo. Este lecho de nieve puede tener fácilmente decenas de pies de profundidad. Por otra parte, la nieve que satura el aire y que se amontona corriendo sobre el suelo se derramaría en el agujero tan pronto como yo lo escarbara y me cubriría también a mí —con gran rapidez.

Este no podría ser otro planeta: el aire es perfectamente natural, perfectamente bueno.

Nuestro avión fue obligado a descender por esta inusual tormenta. El piloto trató de aterrizar, pero no calculó debidamente la extraordinaria fuerza del viento y la ubicación del suelo. El choque fue violento. El fuselaje corcoveó y se abrió y yo fui arrojado lejos. Sin conciencia de nada salvo de la



necesidad de alejarse del desastre, me alejé hacia la ventisca y me desmayé, lo que explica que, cuando recobré la conciencia y me paré en la nieve que ya me empezaba a cubrir, no pudiera ver ni a la nave ni a los pasajeros. Todo a mi alrededor era lo que desde entonces he estado viendo. El movimiento denso y sin fin de la nieve. Empecé a caminar.

Por supuesto, todo lo anterior a esa primera caminata pudo haber sido completamente diferente ya que nada recuerdo al respecto. Cualquiera que haya sido la casualidad que me arrojó aquí a la nieve evidentemente destruyó mi memoria. Eso es algo sobre lo que no hay duda alguna. Esa es, para decirlo de algún modo, una de mis certezas. El choque del aeroplano es una hipótesis de trabajo y nada más.

No hay razón que me impida durar todavía un buen tiempo. Parece que poseo una reserva de energía nada común. Mantener firme la mente, eso es lo esencial, fijarla con firmeza en mis razonadas esperanzas, y calmarla ahí, apoyarla. Hipnotizarla ligeramente con una especie de oración continua. Porque cuando mi mente está firme, mi energía está firme. Y eso es lo principal aquí: la energía. No importa qué tan prudente sea, o qué tan lúcido, sin energía estoy perdido. No tiene caso pensar sobre eso. Donde termine mi energía termino yo, y conmigo mi prudencia y mi lucidez. Mientras tenga energía puedo corregir mis errores, superarlos, salirme de ellos —por ejemplo el inimaginable error que, dentro de lo que sé, estoy cometiendo en este momento. Este paso, éste, los siguientes quinientos, o cinco mil — todos equivocados, derrochados absolutamente, de regreso a donde estaba hace diez años. Pero reconocemos ese pensamiento. Mi mente no es mi amiga. Mi apoyo, mi defensa, pero también mi enemiga —no del todo resuelta a sacarme de esto. Si fuera yo un insensato quizá no habría mayor problema. Simplemente continuaría adelante sin tener conciencia de nada que no fuera mi paso a paso, triunfante, sobre el suelo. Lo que hay que hacer es mantenerse alerta, mantener mi mente fija y vigilante, reconocer estos traidores, paralizantes, sí, letales pensamientos, en el instante en que se produzcan, atraparlos antes de que puedan zambullirse y horadar la médula espinal.

Entonces, con gentileza y sin averiguaciones, regresarlos a la nieve a la que pertenecen. Y es *ahí* donde pertenecen. Son las infiltraciones de la nieve, usurpaciones de esta inmensidad llena de la ausencia de la vida. ¡Pero entran tan disimuladamente! Somos verdaderos, dicen, o por lo menos probablemente verdaderos, y por eso debes entretenernos e incluso darnos tu vida, ya que, sobre todo, estás dedicado a la verdad.

¿Qué sé yo de la verdad? ¡Como si una cándida dedicación a la verdad fuera la ley final de la existencia! Yo sólo sé, cada vez con mayor claridad, lo que es bueno para mí. Es mi mente la que



tiene ese terror desdeñable por lo probablemente cierto y verdadero, y mi mente, lo sé, lo compruebo cada minuto que pasa, no soy yo y de ninguna manera se ha comprometido a ayudarme. ¿Soy una mentira? Debo sobrevivir: es esa una verdad tan sagrada como otra cualquiera; y como la verdad hambrienta se come a la dormida, debo fusionar otras verdades posibles a la substancia, a la salud y a la energía de la mía propia; y aquellas que no pueda digerir serán escupidas hacia afuera, ya que en la situación en que me encuentro mi intención de sobrevivir es la boca y el aparato digestivo, para decirlo de algún modo, por los que vivo. ¡Pero las otras verdades! Me relajo por un momento, dejo a mi mente libre por un momento y se apoderan inmediatamente de ella. Se arrojan sobre mí, triunfantes, despiadadamente. No hay dudas sobre sus poderosas intenciones. Cinco segundos de descuido y atacan. La fuerza se me escapa, mis interiores se hacen agua, mi conciencia se oscurece y se encoge, tengo que detenerme.

¿Cuáles son mis realidades? Tengo algunas realidades definidas.

Dando seis pasos cada cinco segundos, calculo—incluyendo mis breves momentos de sueño— que

he caminado en esta ventisca por cinco meses y que, durante ese tiempo, he cubierto una distancia semejante a la que hay entre Southampton y Nueva York. Dos realidades. Y una tercera: durante esos cinco meses no se ha ni oscurecido ni aclarado este crepúsculo de nieve.

Qué tal.

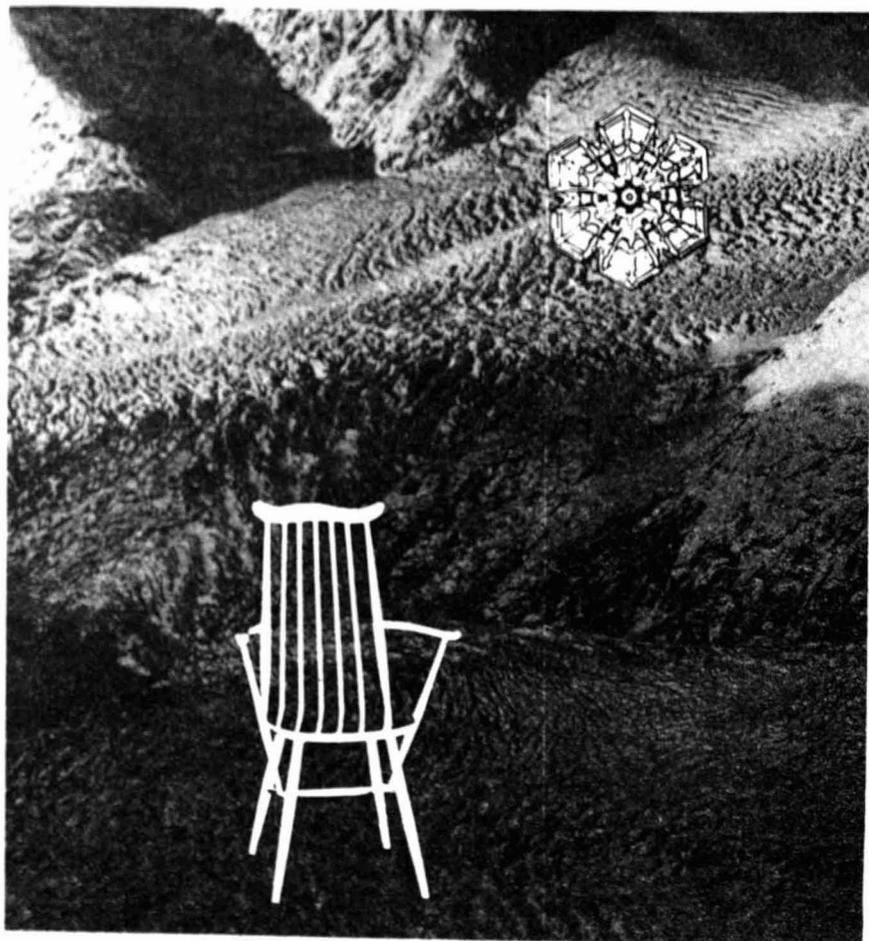
No hay razón para dudar que me encuentre en algún sitio ya dentro del círculo antártico, ya del ártico. Eso es reconfortante. Significa que mis oportunidades de supervivencia no son del todo malas. Los hombres han cruzado toda la largura de Asia sólo por pasar el rato.

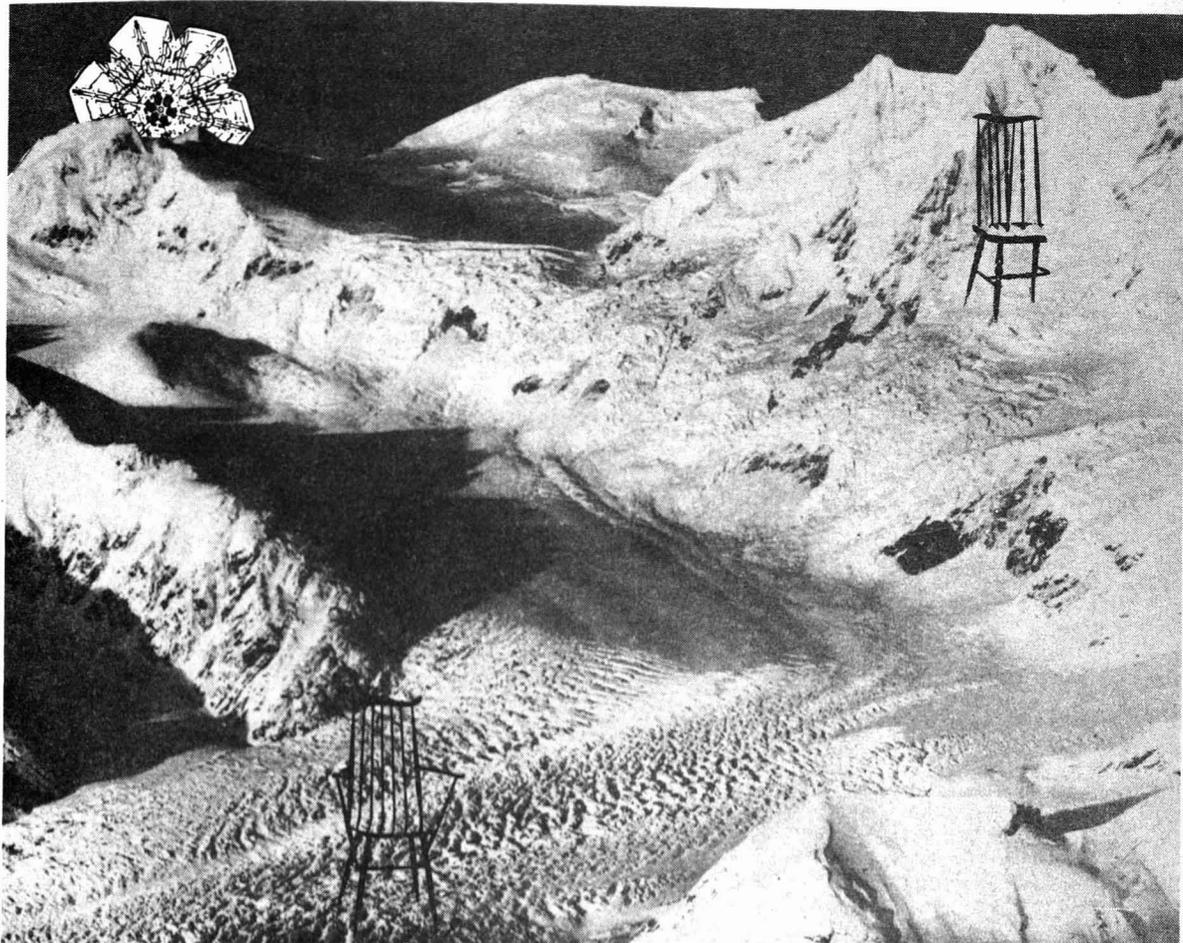
Es obvio que no estoy caminando en línea recta. Pero eso no debe provocarme ansiedad. Quizá cometí un error al empezar a caminar, poniendo mi cara contra el viento y no a su favor. Al caminar contra el viento gasto preciosas energías y siempre se forma un molesto bloque de nieve en mis ojos y en mi boca. Pero tenía que confiar en el viento. Este sujetarse a la guía del viento es la fundación misma de mi firmeza mental. El viento no es mi brújula solamente. De hecho no debo de pensar en él como una brújula. El viento es mi ley. Como brújula nada podría ser más inútil.

No es necesario detenerse en eso. Ciertamente es muy probable —y algo que no tengo por qué ocultarme— que este viento me esté llevando de aquí para allá en una especie de apretado laberinto, siempre cambiando con demasiada sutileza para que yo lo note. O, si el sol está girando en el horizonte, podría parecer que el viento gira con él a través de sus trescientos sesenta grados una vez en cada veinticuatro horas haciéndome girar, en tanto que avanzo dándole la cara, en un círculo perfecto que no puede tener más de siete millas de diámetro. Esto podría explicar la de otra manera extraña circunstancia de que a pesar de la larga extensión que he recorrido el terreno sea siempre plano, exactamente igual que cuando empecé. Un lago congelado, sin duda. Esta es una fuerte posibilidad y debo acostumbrarme a ella sin permitir que me apabulle, y sin perder de vista sus ventajas.

La tentación de confiarse a la suerte y al instinto y dejarse llevar por el viento debe ser restringida. El efecto en mi sistema de confianza sería desastroso. Mi propio juicio me haría dar vueltas, naturalmente, en círculo. Tendría que hacer cambios deliberados de dirección para romper ese círculo, sólo para entrar en otro más grande o iniciar otro en la dirección contraria. Y así más cambios. Cambios cada vez más salvajes y repentinos, cambios de mis cambios —todos para evadir a un enemigo que dio tan pocas señales de sí mismo que bien podría no haber existido. Está claro en dónde terminaría todo ello. Correr y gritar y así sucesivamente. Tambalearse por ahí como un hombre hostilizado por una multitud. Caerse, arrastrarse. Y así. La nieve.

No. Lo que tengo que hacer es resistir: o sea,





mantener la cara en dirección al viento. Con la cara al viento, la mente bien asida, todo sucederá como debe suceder. No hay la más mínima necesidad de ponerse ansioso. En cualquier momento llegará la noche polar, y con ella un cambio drástico de clima —inevitablemente. Limpiando el cielo y revelando la segura brújula de las estrellas.

Los hechos están arrolladoramente de mi parte. Casi podría creer en la Providencia. ¡Si una sola circunstancia fuera ligeramente —apenas ligeramente— otra de la que es! Si, por ejemplo, en lugar de haber recobrado la conciencia en una ventisca sobre terreno plano, lo hubiera hecho cayendo indefinidamente entre una nube de nieve. Entonces me hubiera preguntado muy seriamente si estaba en el abismo o no. O si la atmósfera hubiera consistido de, digamos, amoniaco. No podría haber vivido. Y en el preciso momento anterior a la muerte por asfixia me hubiera convencido, con seguridad, de que estaba en algún planeta yermo. O si no hubiera tenido cuerpo sino solamente brazos y piernas nacidos de una cabeza, mi sistema de confianza se hubiera desorientado desde el principio. Mis sueños, por ejemplo, hubieran carecido de sentido para mí o, más bien, hubieran sido argumentos de mi propio

sin sentido. Hubiera muerto inmediatamente, de pura perplejidad. De haber estado sin estas excelentes botas de piel, sin estos pantalones, abrigo, guantes y capucha de piel de cerdo, el frío me hubiera aniquilado de inmediato.

E incluso, si hubiera tenido el doble de ropa que tengo ¿qué sería de mí si no tuviera mi silla? Mi silla es tan importante como uno de mis pulmones. Como mis dos pulmones, es más, ya que sin ella estaría muerto. ¿Dónde hubiera dormido? Acostado en la nieve. Pero he descubierto que la nieve me cubre en menos de un minuto y en el mismo tiempo el frío se apodera de mis manos y mis pies y mi cara. Dormir sería imposible. En otras palabras, pronto moriría de cansancio y sería enterrado por la nieve. Tal como es, desato el arnés de mi silla, la planto en la nieve, me siento en ella, pongo mis pies en el barrote que está entre las dos patas delanteras, doblo mis brazos sobre mis rodillas y pongo la cabeza sobre los brazos y de esta manera puedo dormir diez minutos completos antes de que la nieve se apile sobre mí.

La cadena de coincidencias providenciales es infinita. O, más bien, como esas cadenas que se hacen en los correos, es completa sin un sólo eslabón

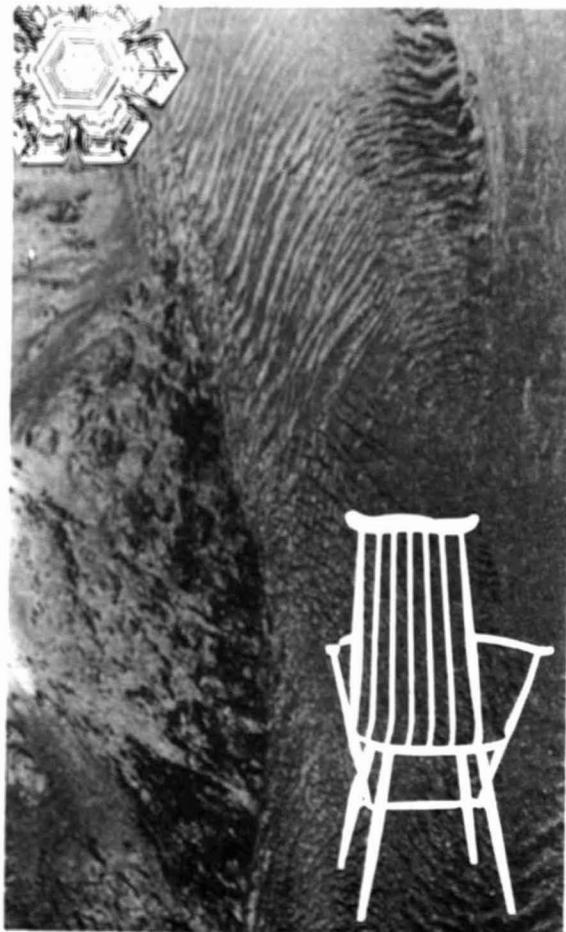




ausente que traicione y anule a los demás. Incluso mis sueños son parte de ella. Son un eslabón tan duro y esencial como los otros, ya que no puede haber más dudas sobre el hecho de que son una puntual reproducción de toda mi vida anterior, del mundo como es y como yo lo conocí, todo sin un solo detalle contradictorio. ¡Si mi amnesia hubiera sido solamente un poco más fuerte! —sólo eso me hubiera faltado. Porque sin esta evidencia del mundo y de mi identidad no hubiera encontrado propósito alguno para continuar esta prueba. Me hubiera limitado a mirar, respirar y morir, como un polluelo caído del nido.

Todo se corresponde. Y el resultado es mi supervivencia y mi determinación de sobrevivir. Debería alegrarme.

La silla es del tipo convencional: nada tiene de desconcertante. Silla como de granja: idéntica a la de mis sueños, como son también mis ropas, mi cuerpo y todos los impulsos de mi mente. Es de madera, pintada de negro, aunque en algunos sitios se ve que antes tuvo una capa de pintura café. Uno de los nueve barrotes del respaldo se ha perdido y algún niño —supongo que fue un niño— metió una bola de chicle en el hoyo vacío. Es obvio que la silla



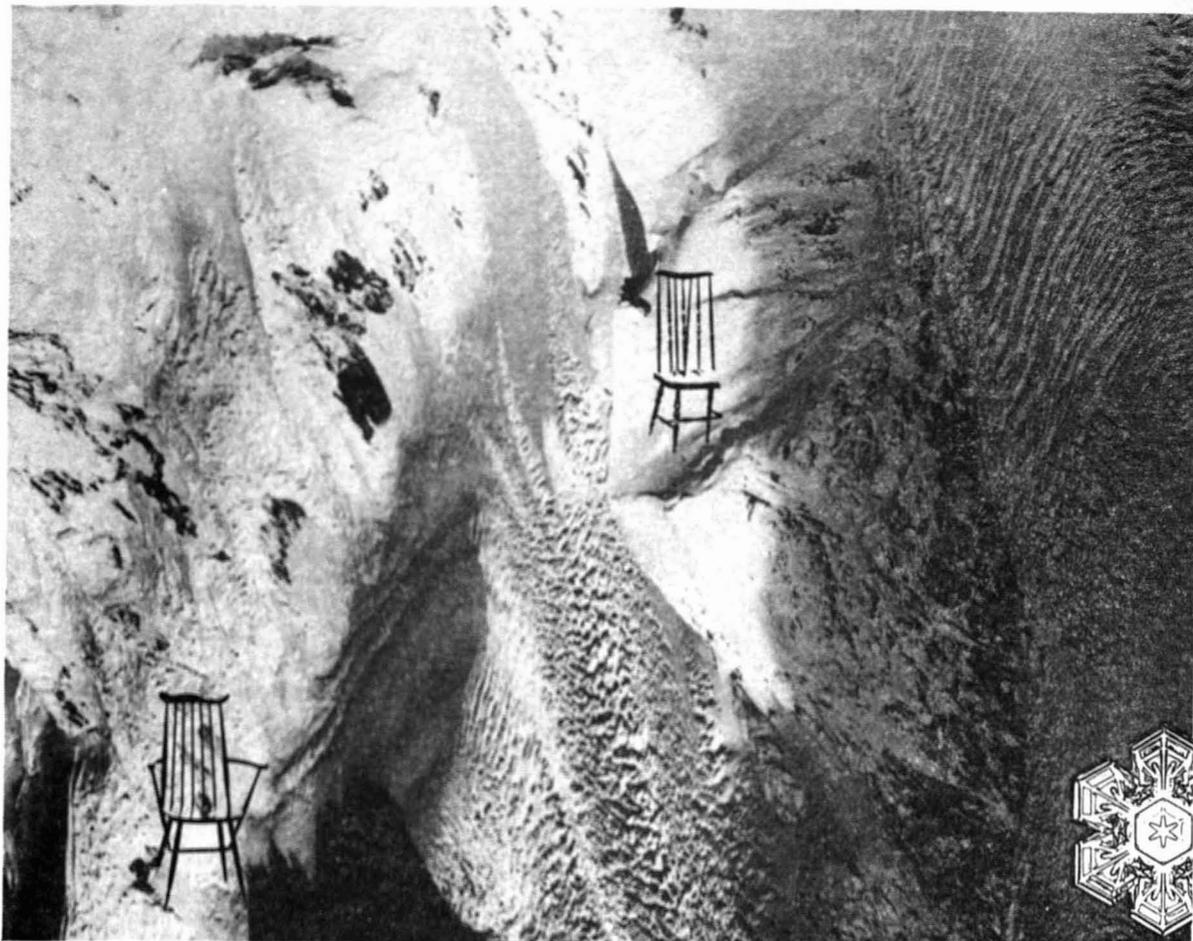
ha sido muy usada y no siempre con el cuidado necesario. La pata derecha ha sido mordisqueada evidentemente por un cachorrito, y las pinturas negra y café del asiento se están gastando tanto que ya es visible el grano oscuro de la madera pálida. Si todo esto no es prueba final y evidente de una realidad exterior a la mía, de la realidad del mundo de donde proviene, del mundo que sueño cuando duermo, ya podría dejarme caer en la nieve y desaparecer.

El curioso arnés no debe preocuparme. El mundo, en lo que concierne a lo que he soñado hasta este momento, no contiene ese arnés, es cierto. Mas ya que aún no he soñado nada de lo que me ha ocurrido después de mi cumpleaños 26, el arnés bien pudo haber sido inventado entre ese momento y el momento de mi accidente. Es posible que ahora se use de manera regular. O puede ser la parafernalia de algún juego de moda que apareció durante mi año 27 o después, y del que me convertí en fanático. Sentarse en montes de nieve en sillas del siglo diecinueve. O quizá desarrollé una pasión por pintar paisajes polares y junto a ella una pasión particular por esta silla que es mi silla de pintar y para trasladar la cual se me diseñó especialmente este arnés. ¡Afortunada excentricidad! Se ha adaptado perfectamente a mis actuales necesidades.

Pero todo eso está aún en la oscuridad. Hay muchas cosas que aún no he soñado. Casi no tengo nada de mis años 23 y 24, apenas algunos episodios insignificantes. Nada en absoluto posterior a mi año 26. El resto, no obstante, está casi completo, lo que sugiere que en cualquier momento ahora puedo empezar a recuperar totalmente mis años 23 y 24 y, lo que es más importante todavía, el 27, o lo que lleve de él, junto al reporte preciso de mi desastre y del origen de mi silla.

Parece haber pocas dudas en cuanto a mi edad. Si hubiera estado soñando mi vida cronológicamente habría habido buenas razones para preocuparse. No podría haber tenido idea de cuánto faltaba aún por venir. Por supuesto que sí, de pronto, soñara algo de la mitad de mi año 60 tendría que reorganizar mis ideas. Lo que me convence de mi juventud son mis energías. La apariencia de mi cuerpo no me dice nada. Así, de mis manos y mis pies —que es lo único que me he atrevido a descubrir— podría suponerse que pertenecen a un hombre de varios cientos de años de edad, o incluso a un muerto, pues tan negros son y encogidos hasta los huesos. Pero el enflaquecimiento es comprensible si se considera que, desde hacen cinco meses, he vivido nada más de fuerza de voluntad y sin el menor deseo de alimento.

Tengo que regresar a mi trabajo, y mi madre y mi padre han de estar desesperados. Y sólo Dios sabe lo que habrá ocurrido a Helen. ¿Me casé con ella? No llevo anillo de bodas. Pero estábamos comprometidos. Y otra prueba de mi juventud es que lo que siento por ella es como era entonces y hasta más fuerte de hecho, sí, bastante más fuerte, aunque,



hablando con imparcialidad, estos sentimientos que parecen ser para ella pueden no ser otra cosa que mi deseo desesperado de regresar al mundo en general —un deseo que emplea mi cariño de entonces por Helen como una especie de fórmula o modelo. Es posible, muy posible, que en realidad la haya olvidado, incluso es posible que tenga sesenta años y que ella haya muerto hace treinta y cuatro. Hay algunas cosas que pueden ser muy diferentes a como yo las imagino. Si llevara este flujo de pensamientos a su extremo lógico, no habría prueba definitiva de que mi trabajo, mis padres, Helen y el mundo todo no sean más que invención mía, fantasías que mi imaginación ha improvisado en los simples temas de mi propia forma, de mi ropa, mi silla, y las propiedades de mi actual situación. No estoy en posición de estar seguro de nada.

Pero hay más cosas relacionadas a la existencia, afortunadamente, que consideraciones de posibilidades. Hay convicción, fe. ¿Qué sería de mí sin eso? El momento en que le permita a una de esas “posibilidades” la menor intimidación, me atraparé una tremenda futilidad, casi físicamente, del corazón, como si el órgano mismo desesperara de esta vida y estuviera listo para rendirse.

Valeroso y calmado. Esa debe ser mi oración. Debo repetirla como los budistas repiten su “Oh joya de la flor de loto”. Repetirla hasta que se repita a sí misma en mi mismo corazón, hasta que cada latido la lance por todo mi cuerpo. Valeroso y calmado. Este es el mundo, no pienses más sobre él.

Mi silla me mantendrá sano. Mi silla, mi silla, mi silla —casi puedo repetirla. Conozco cada marca en ella, cada grano. ¡Tan cercana y verdadera! Ella sola predica un Universo, el Universo entero, con su ruda carpintería, con su diseño garboso y apretado —tan delicada, tan fuerte.

Y mientras tenga el juego nada hay que temer. Aunque sea peligroso. Tentador, peligroso, sí, pero causa de un placer que es mío. Pongo la silla en la nieve, dejándome pensar que voy a dormir. Pero en lugar de sentarme retrocedo unos cuantos pasos en la nieve. ¿Cómo se me ocurrió tal cosa? La primera vez no me atrevía a perderla de vista. Jamás la había dejado fuera del alcance de mi mano, ni siquiera una fracción de segundo entre desatarla y sentarme en ella. Pero esa vez la dejé y retrocedí en la nieve. Nunca antes había oído mi voz. Estaba asombrado ante ese sonido que luchaba para salir de mí. Bueno, necesito las compensaciones. Y este



juego despierta mis energías en un sentido práctico. Después del juego hasta podría correr. Ese es, sin embargo, el momento de peligro, el momento de poderosa impaciencia en el que fácilmente podría perder el control y romper con todo, seguir mi instinto, arrojarme a la suerte, correr entre el viento.

Pero hay un peligro que es todavía peor. Si corriera entre el viento no tardaría en recobrar la razón al poner nuevamente la cara contra él. Es el juego en sí, el estadio de desarrollo que ha alcanzado, lo que es peligroso. Y es que ya no solamente retrocedo. Ahora planto la silla, volteo la cara y camino entre la tormenta contando cuidadosamente mis pasos. Cuando llego a catorce, me detengo. Quince es el límite de visión en esta densa caída constante de nieve, así que a los catorce pasos me detengo y giro.

Dejemos que esas sean las reglas. Permítanme que así plantee el juego. Porque al principio no veo nada. Eso debería ser suficiente para mí. Por todos lados, derramándose como un silencio gris, la nieve cae como una presión, como la lenta progresión de una presión que crece hasta ser apenas tolerada, demasiado gradual para detectarla. Si yo no pudiera más que estar ahí, parado, mi mente se desquebraja-

ría en un instante. Pero me concentro, retiro mi azoro del vacío y lo observo mordazmente. Al principio todo es como siempre, como lo he visto hace cinco meses. Entonces mi corazón empieza a palpitar con violencia porque parece que comienzo a detectar cierta umbriedad, una sombra que oscila en las honduras de la gris turbulencia, que desaparece y se oscurece, que se levanta y cae de nuevo. Doy un paso adelante y, haciendo acopio de mi voluntad, me detengo de nuevo. La sombra es como era. Otro paso. La sombra parece ser un poco más oscura. Entonces desaparece y avanzo otros dos pasos para detenerme de inmediato, porque ahí está, bien definida e inmóvil. Camino hacia ella con lentitud.

Las reglas son que yo me mantengo bajo control, que contengo mis sollozos o mis gritos aunque sea por supuesto imposible mantener regularmente la respiración, por lo menos entre esa etapa y aquella cuando la sombra se resuelve en una silla. ¡En esa vasta desolación gris, aparece mi silla! Los copos se arrastran contra sus patas y se escurren entre sus barrotes, chocando entre ellos, colgándose y desliziéndose sobre el asiento. Controlarme entonces es algo fuera del poder humano. De hecho pierdo más o menos la conciencia cuando llego a ese punto. Ciertamente, entonces, ya no soy responsable de esa cosa gritona y llorosa que cae sobre la silla abrazándola, besándola, que raspa sus mejillas contra ella. Mientras los copos de nieve caen y se amontonan sobre mis guantes y sobre la silla empiezo a ponerles nombres. Observo cada uno como si fuera un rostro vivo, llenos de mudo reconocimiento, y les digo Willy, Joanna, Peter, Jesus, Ferdinand, cualquier cosa que me venga a la cabeza, y les grito y les hago señas con la cabeza y me río. Bueno, es suficiente e inofensiva locura.

La tentación de separarme más de catorce pasos es ahora casi dolorosa. Entrar a la profundidad de la ventisca. Cuarenta pasos. Regresar luego, escudriñándolo todo. Quince pasos, veinte pasos. Alto, una sombra.

Eso no sería locura inofensiva. Si abandonara mi silla de esa manera, lo más probable es que nunca la volvería a encontrar. Mis huellas no existen en esta continua resaca de nieve. Semanas después, aún estaría buscando, dando vueltas en grandes círculos, deseando a cada momento atisbar una sombra de entre lo homogéneo de lo gris. Mientras tanto, mi silla, a cien millas de distancia en la ventisca, inmóvil, patas finas y elegante respaldo, ya enterrada, ya descubriéndose otra vez. Y por siglos, mucho después de que yo haya terminado de vivir, aún estaría allí, intacta, con las huellas de los mordiscos y el barrote que le falta, esperando que una forma imprecisa y oscura salga de la nada y le grite y le caiga encima y la posea.

Pero mi silla está aquí, en mi espalda, aquí. No hay peligro de que la pierda. Nunca, mientras me dure el control, mientras tenga la mente firme. Los hechos están de mi parte. Nada tengo que hacer más que perdurar.

